



EL PRIOR

Por Ada Albrecht

Vivía en un convento. Era su Prior. Aborrecido por todos, temido, rechazado. Cuando aparecía, los pequeños monjes huían en estampida. De cuerpo enjuto, alto, vestido con su negra sotana, era una sombra que se trasladaba por los pasillos del convento; inexplicablemente, a su paso nacía la luz; al alejarse, la claridad se desvanecía, y regresaba la oscuridad.

Un superior de la orden lo había enviado, y provenía de algún país desconocido. Nadie sabía su nombre, se lo llamaba “Prior”, y eso era todo.

Para los novicios de la orden, su figura era aterrorizadora. Se lo temía silenciosamente, cosa que, al parecer, no le importaba. En maitines, tomaba su Biblia y se encaminaba a la capilla del convento. Los otros sacerdotes, profesores y novicios, ya estaban en ella, aguardándolo. Él subía a su púlpito, leía casi nada, una frase, una enseñanza. Luego había que orar. El rosario era el verdadero Director de la ceremonia. Sus cuentas rodaban una y otra vez entre los dedos de los presentes. A la media hora, estaban calmos, a la hora de rezos, algo inquieto-

tos, a las dos o tres horas, alarmados, a las cinco horas, aterrizados. Nadie permanecía en la capilla, a no ser el Prior. Durante las clases a los jóvenes, él nunca se hacía presente en sus aulas. Se lo veía pasar de largo por los pasillos, en apariencia, indiferente a cuanto se impartía en ellas. Los profesores, en sus hermosos salones, se reunían abocándose a las especulaciones teológicas. Allí se discutía sobre los dogmas y partes de las enseñanzas cuya claridad era dudosa. Los que más hablaban eran los maestros ancianos, pues parecían ser los que más sabían.

De nada de esto participaba el Prior; eso sí, jamás estuvo ausente en uno solo de los maitines. En realidad, desde su llegada, la vida del convento tuvo que cambiar por el comportamiento del Prior. De cuatro de la mañana a casi el mediodía, el Prior se encerraba en la capilla y rezaba el rosario con quienes lo seguían, y cuando al paso de las horas iba quedándose solo, continuaba rezando su rosario sin que le molestara su soledad.

Al paso de los días, abandonaron la costumbre de permanecer tanto tiempo en la capilla. Quedaban en ella como lo hacían con el Prior anterior, cuarenta o cincuenta minutos. Luego se marchaban. Y así, la actividad en el convento, poco a poco fue retomando el cauce de años anteriores.

Hubo un solo joven novicio que sin saber muy bien por qué, permanecía junto a su Prior, durante los maitines, los largos, larguísimos maitines, que parecían no tener fin. Los profesores del novicio se mantenían en silencio. El joven no iba a sus clases. Abandonó sus estudios, y sólo seguía al Prior en sus estadias, orando con él en la capilla.

El tiempo fue pasando, y el Prior no abandonaba su púlpito, ni su joven seguidor tampoco las innumerables rondas de cuentas y cuentas de rosario que de sus manos fue pasando de modo invisible hasta su mente, y de esta, a su corazón.

El joven se llamaba Felipe, y el Prior que jamás sonreía a nadie, comenzó a sonreír a Felipe.

El Prior llevó a Felipe a vivir a su casa. En ella, se hablaba muy poco y se rezaba mucho, como en la capilla.

Los años fueron transcurriendo, y un día el Prior anunció que debía marcharse del convento. Aunque jamás había sido querido, algunos lamentaron su adiós. Como de costumbre lacónico, sólo dijo:

—Por orden de mis superiores, queda como Prior del convento, mi discípulo Felipe.

—¿Cómo? —dijeron los más ancianos, quienes consideraban que en el orden de sucesores, los más antiguos, merecían ese puesto antes que Felipe.

—¿Cómo puede quedar él encargado del convento, siendo que nosotros somos los de mayor antigüedad? —objetaban.

Entonces el Prior habló extensamente, por primera vez.

—¿Habéis permanecido en la capilla orando junto a mí como el Padre Felipe durante todos estos años? —preguntó—. Para vosotros los maitines duraban exactamente cuarenta minutos. Con indolencia abandonabais el ejercicio de vuestras oraciones cuando ese tiempo se alargaba. Salíais apresuradamente del santo lugar de plegarias para marcharos de él con premura. Sólo el Padre Felipe no se marchaba. ¿A quién debo, pues, elegir como Padre de la orden, sino a él?

—Nosotros debíamos impartir clases a nuestros novicios, cuidar del convento en todos sus otros aspectos. ¿Qué hacía Felipe mientras tanto, sino estar a vuestro lado dando vuelta las cuentas del rosario, mientras nosotros trabajábamos?

—Vosotros os dedicabais a una honorable labor, pero Felipe, con su labor interior, mantuvo durante todos estos años, ante los ojos de Dios, la vida del convento.

Hubo un silencio en todos. Simplemente porque no comprendían las palabras del Prior.

—Nunca nos habéis dicho cuál es vuestro nombre —espetó el más anciano de los sacerdotes, y agregó:

—¿Podéis decirnos ahora cómo os llamáis?

El Prior que se marchaba dijo entonces:

—Práctica. Soy el Padre Práctica. Mientras vosotros os encerrábais en vuestros claustros académicos, envueltas las mentes en teorizaciones y polémicas, mientras impartíais conocimientos que poco vivíais, el Padre Felipe, mi Hijo Espiritual, Hijo del Padre Práctica, realizaba lo que vosotros enseñabais teóricamente. Durante años, el rosario en sus manos, se fue convirtiendo en la dulce presencia de Dios en su corazón. De las manos de Felipe, Dios pudo viajar hasta su alma, y quedarse en ella, porque Felipe siguió las indicaciones del Padre Práctica. Sin el Padre Práctica, un convento olvida su razón de existir, que es guiar a las almas de los Novicios hasta los pies de Dios, no hasta los pies de la mera erudición. Así pues, Felipe queda a cargo de este convento. Milagrosamente, aquí, yo tuve un discípulo. No siempre es así, pues de los numerosos conventos que llevo visitados, sólo en éste encontré un sacerdote capacitado para seguir mis consejos. Amados hijos míos, haced como Felipe, y la Devoción florecerá, no en los labios que hablan sobre ella, sino en los corazones que la reciben.

Y el Padre Práctica, ante la mirada de todos, comenzó a caminar hacia la puerta del convento, pero nunca llegó hasta ella. Se desvaneció en el aire como la luz, y se marchó, segu-

ramente a las sidéreas regiones de donde, por Divino encargo, provenía.

* * *

Con respecto a este cuento que acabamos de leer: recordar siempre que en todo lo que el hombre se propone, a menudo falla en la práctica. La santa Práctica es la Madre de todas las virtudes, de todos los logros del ser humano. Se puede ser una criatura buena, amante de Dios, devota, pero si la práctica está ausente en el Sendero de los que buscan devocionarse al Señor, la derrota es segura. Es difícil ingresar a la meditación o la oración sin lectura previa de algún Texto Sagrado. La mente que viene de vivir en el mundo, viene cargada de mundo; trae la impronta de cuanto oyó y vio. Como el porquerizo que no puede disipar los olores propios de su labor, así, el hombre no puede hacer a un lado sus experiencias mundanas; su psique se halla cargada de ellas, igual que el porquerizo del olor que lo cubre. Para éste último basta un baño; para el que quiere meditar, es menester, por lo menos, un baño de media hora de lectura previa a la meditación. Práctica y constancia son los ejes que atraen al progreso y al contentamiento del corazón, pues nada es más grato, que avanzar en el Divino Sendero.

Del libro Bhakti Sûtras con notas pedagógicas, Ed. Hastinapura